

El padre y la madre de Kenizé Mourad. Otros tiempos.

KENIZE MOURAD

COMO TURCA EN LA NOVELA

No es James Joyce. Sabe, sin largos rodeos, que nadie puede salir del rigor que la actualidad le exige al periodismo para pasar, de golpe, a esa escritura del mito que es la literatura "sin correr el peligro de volverse loco". Por lo menos, eso esgrime en reportajes que han sido condensados en la contratapa de este suplemento. Kenizé Mourad es hija de una princesa turca. En los últimos tiempos cubrió para *Le Nouvel Observateur* de París, Francia, la guerra de Medio Oriente. Debe haber sido ahí donde se le dio por indagar sus orígenes. Escribió la historia de su padre, un rajá de la India, y de su madre, sultana turca. La que habla en el libro, que ya lleva vendidos un millón de ejemplares en las europas, es esa madre, Selma.

Las mil y una noches se juntan en esta novela, que en estos días publicará *Muchnik Editores* en la Argentina, con la mirada de una mujer oriental que mide el desarraigo del sueño, o pesadilla, de aquella mujer que fue elegida para el sometimiento. El feminismo amenamente contado se mezcla con la política; uno de los capítulos narra, por simple cronología, el nacimiento de la República de Turquía, en aquel 24 de julio de 1923 en el que Mustafá Kemal quiso ser el hombre providencial que había derrotado al Imperio. De lo que pasa después con esta gente fundamental trata este libro enjoyado de nostalgia que se llama —proustiano— *De parte de la princesa muerta*. Se adelantan fragmentos.

Kenizé Mourad posa entre ruinas. Vendió un millón de ejemplares. "Los Estados occidentales, respaldados por su poderío, se disputan los despojos de aquel viejo imperio".





La princesa estaba en l

No, querida, no podéis salir. ¡Hay manifestaciones en todo el barrio de Aminabad!

Desde hace más de un mes el gobierno ha impuesto el "artículo 44", un semiestado de emergencia, para impedir que hindúes y musulmanes se vayan a las manos. Hasta entonces, Lucknow se había mantenido relativamente tranquila, pero las matanzas en las ciudades y aldeas de los alrededores han hecho subir peligrosamente la tensión. Pese a las medidas policiales, todo el mundo hace manifestaciones: los estudiantes musulmanes porque izan en las escuelas la bandera del Congreso y prohíben la de la Liga; los campesinos para que el gobierno obligue a los príncipes a respetar las leyes en su favor; los príncipes para expresar su negativa; los intocables para obtener permiso para ir a rezar al templo —derecho que les niegan los hindúes de casta—, los musulmanes porque quieren imponerles una educación "a la hindú" y los hindúes porque los musulmanes se obstinan en matar y comer vacas.

Hasta ahora se han evitado los enfrentamientos, pero ¿por cuánto tiempo aún? Devolviéndole al Congreso su propia estrategia de no violencia, tan eficaz contra el ocupante británico, los descontentos se limitan por ahora a desfilar. Día tras día, las prisiones se llenan. La policía está desbordada.

Selma se impacienta.

¡Tengo que salir! No olvidéis que parto para Beirut dentro de una semana. Debo ir a comprar los regalos para mi madre.

Es la primera vez desde su matrimonio que vuelve al Líbano, que visita a la sultana. No cabe en sí de alegría. Las pesadillas de estos últimos meses han sido olvidadas. Ha vuelto a alimentarse normalmente y no prueba el champagne. Poco a poco ha perdido su mirada ansiosa, su cara de gato apaleado.

Las relaciones con Amir han cambiado: ahora son sin pasión ni drama. "Como las de una antigua pareja", se dice Selma con ironía, extrañándose de que eso le procure cierto alivio. Saborea esa nueva indiferencia, tan cómoda, algo decepcionada empero de que su esposo la acepte con tanta facilidad.

Pero no tiene ganas de hacerse preguntas. Sólo piensa en Beirut, en la acogedora casa blanca, en la sonrisa de su madre, en los mimos de las kalfas, en la adoración de Zeynel, en sus amigos, ¡en toda su juventud que va a recuperar!

—Hozur, un mensaje para vos —anuncia la voz afilada del eunuco.

En la bandeja de plata hay un papelito azul. Un telegrama, de Beirut.

Indecisa, Selma mira a Amir.

—¡Bueno, princesa, abridlo! Seguramente la sultana os confirma que irán a recibiros a la llegada del barco.

¿Confirmar? ¿Para qué? Naturalmente que estarán allí. Incluso habrán organizado una fiesta de recepción, es la costumbre de allá. La hospitalidad es sagrada: abandonando cualquier quehacer, los amigos correrán al puerto, con los brazos llenos de flores.

Selma da vueltas el telegrama entre los dedos. Según el sello del correo, ha tardado once días en llegar a Lucknow, y hace apenas dos semanas que escribió anunciando su viaje.

Hace una inspiración profunda y con un gesto preciso, rompe el sobre azul.

"Sultana fallecida esta mañana stop todos desesperados stop pensamos en vos stop fielmente Zeynel".

Mucho después, Zahra le contará a Selma que había oído gritos. Había acudido y la había visto lacerándose la cara y golpeándose la frente contra el muro. Amir y una criada intentaban detenerla, pero ella los rechazaba a puntapiés. Zahra había creído que tenía un ataque de locura: el rostro de Selma estaba rojo de sangre y ya no escuchaba.

Entonces, ahogada, Zahra había visto a su hermano coger la Kodak que estaba sobre la mesa y ponerse a hacer fotos. En ese mismo instante, aquella mujer que se hubiera creído sorda y ciega a todo lo que no fuera su dolor, se había inmovilizado; y luego, como una leona, se había arrojado contra el hombre, aunque antes de poder alcanzarlo, Selma se había derrumbado, inconsciente.

Durante una semana, se temió por su razón. Los mejores hakims de la ciudad se habían sucedido a la cabecera de su cama. Con grandes cantidades de mixturas de opio y de hierbas sólo conocidas por ellos, la habían hecho dormir día tras día. "Un dolor demasiado grande no debe ser encarado de frente, si no el espíritu se rebela y huye." Explicaban que para calmar los dolores del alma hay que aniquilar momentáneamente toda conciencia, mantener el cuerpo en estado de latencia, e incluso debilitarlo para que, cuando despierte, el dolor no encuentre ninguna energía de la cual alimentarse.

"¿Cómo pudo? Jamás se lo perdonaré."

Lentamente, Selma emerge de la opresiva niebla en la que se debate desde hace días, y su primer movimiento es de indignación contra la actitud de aquel monstruo que ya no quiere llamar marido.

¿Cómo, en lugar de ayudarla, se ha atrevido a burlarse de ella? Él sabe, sin embargo, cuánto adoraba a su madre.

Con la muerte de Annedjim, Selma tiene la impresión de que es su infancia, su juventud lo que muere, ve todo su pasado amenazado de desaparición; ya ahora no hay nadie para recordar con ella, recordar en ella: una misma carne, una sola memoria, ojos que eran sus ojos, una respiración que se apropiaba del mundo y se lo restituía a ella, domesticado, caluroso... Los sollozos la ahogan. No acepta aquel abandono. ¿Qué importa si desde hace dos años no veía a la sultana?: saber que existía la reconfortaba. "¿Qué pensaría de mí? ¿Qué haría en mi lugar?", se preguntaba; constantemente su madre estaba a su lado. Hasta estos últimos meses en los que había intentado olvidarla, pues no habría podido soportar su mirada. ¿O era su propia mirada la que no podía soportar? Ella no establecía diferencias, ya que si alguna vez se rebelaba, entre su madre y ella existía precisamente esa ósmosis, ese acuerdo sobre lo esencial.

Ella la ha matado... Sí, ella, Selma, la ha matado. Durante esos meses de locura en los que se esmeraba por destruirse, estaba destruyendo a la sultana. Y ahora, el lazo que la unía a su madre, el lazo vital, más fuerte que el espacio, pero frágil ante la indiferencia, se ha roto. Su madre ha muerto...

Mucho antes incluso la había matado a golpecitos, más bien la había herido, como un árbol al que, poco a poco, se le podan las ramas que dan demasiada sombra. Eso había comenzado hace mucho... Ya en Estambul, lo recuerda: el resentimiento que había experimentado el día en que, jugando al sultán, había golpeado a Ahmad, que hacía de general griego; indignada, la sultana se había negado a escuchar sus explicaciones y la había encerrado en su cuarto. Un castigo sin importancia comparado con la desesperación de la niña ante la injusticia de aquella madre tan perfecta.

Y en el Líbano... las cartas de su padre, que la sultana había escondido "por su bien"; y luego, la exigencia, muda pero inflexible, de que su hija se casara con un príncipe. Selma siempre había obedecido. Pero pese a esa obediencia —o debido a ella—, en el fondo de sí, todo se rebelaba.

¿Acaso Amir había comprendido esto antes que ella? ¿Fue ésa la razón de su sorprendente comportamiento?... Ante el dolor ¿habrá adivinado que había un alivio que ella ocultaba gritando aún más fuerte que su desesperación? Con la clarividencia que sólo puede dar una larga experiencia de la simulación, o de la ambigüedad de los sentimientos, ¿habrá captado, en el frenesí de Selma por herirse, la necesidad de castigarse por no sufrir lo suficiente?

—Apa...

La voz de Zahra tiembla ligeramente.

—Apa, Amir Bai querría veros... Ayer os negasteis y yo le dije que estábais demasiado cansada. Pero hoy..., Apa, no me creerá... Parece tan desdichado, no deja de repetir que es culpa suya si vos estáis enferma... Os lo ruego, Apa, ¡os ama tanto!

—¿Me ama?... Pues bien, si me ama esperará a que tenga ganas de verlo.

Pone la cabeza en el almohadón, cierra los ojos; no debe ablandarse, no debe ceder. Si tiene que vivir aquí —¿adónde podría ir ahora?— debe imponer sus propias reglas. Toda su vida ha intentado complacer, ella quería ser la niña que todo el mundo adora, la esposa de la que se está enamorado, la rani a quien se respeta. De hoy en adelante, se acabó. Con la sultana ha desaparecido el único ser en el mundo que pudo imponerle su ley.

Un suspiro que viene desde muy lejos llena su pecho: ¡libre! Por primera vez se siente totalmente libre.

Ha pasado una semana. Las náuseas que la mantienen en cama no han desaparecido. Hakim Sabib ha prescrito un régimen muy



Kenizé Mourad posa entre ruinas. Vendió un millón de ejemplares. "Los Estados occidentales, respaldados por su poderío, se disputan los despojos de aquel viejo imperio".



Kenizé cuando era chiquita. Ya pensaba en volver. Según ella no se podría pasar del periodismo a la literatura sin correr el riesgo de volverse loco.

La princesa estaba en la India

No, querida, no podéis salir. ¡Hay manifestaciones en todo el barrio de Aminabad!

Desde hace más de un mes el gobierno ha impuesto el "artículo 44", un semiestado de emergencia, para impedir que hindúes y musulmanes se vayan a las manos. Hasta entonces, Lucknow se había mantenido relativamente tranquila, pero las matanzas en las ciudades y aldeas de los alrededores han hecho subir peligrosamente la tensión. Pese a las medidas policiales, todo el mundo hace manifestaciones: los estudiantes musulmanes porque izan en las escuelas la bandera del Congreso y prohíben la de la Liga; los campesinos para que el gobierno obligue a los príncipes a respetar las leyes en su favor; los príncipes para expresar su negativa; los intocables para obtener permiso para ir a rezar al templo —derecho que les niegan los hindúes de casta—, los musulmanes porque quieren imponerles una educación "a la hindú" y los hindúes porque los musulmanes se obstinan en matar y comer vacas.

Hasta ahora se han evitado los enfrentamientos, pero ¿por cuánto tiempo aún? Devolviéndole al Congreso su propia estrategia de no violencia, tan eficaz contra el ocupante británico, los descontentos se limitan por ahora a desfilar. Día tras día, las prisiones se llenan. La policía está desbordada.

Selma se impacienta.

¡Tengo que salir! No olvidéis que parto para Beirut dentro de una semana. Debo ir a comprar los regalos para mi madre.

Es la primera vez desde su matrimonio que vuelve al Líbano, que visita a la sultana. No cabe en sí de alegría. Las pesadillas de estos últimos meses han sido olvidadas. Ha vuelto a alimentarse normalmente y no prueba el champagne. Poco a poco ha perdido su mirada ansiosa, su cara de gato apaleado.

Las relaciones con Amir han cambiado: ahora son sin pasión ni drama. "Como las de una antigua pareja", se dice Selma con ironía, extrañándose de que eso le procure cierto alivio. Saborea esa nueva indiferencia, tan cómoda, algo decepcionada empero de que su esposo la acepte con tanta facilidad.

Pero no tiene ganas de hacerse preguntas. Sólo piensa en Beirut, en la acogedora casa blanca, en la sonrisa de su madre, en los mimos de las kalfas, en la adoración de Zeynel, en sus amigos, ¡en toda su juventud que va a recuperar!

—Hozur, un mensaje para vos —anuncia la voz afilada del eunuco.

En la bandeja de plata hay un papelito azul. Un telegrama, de Beirut.

Indecisa, Selma mira a Amir.

—¡Bueno, princesa, abridlo! Seguramente la sultana os confirma que irán a recibiros a la llegada del barco.

¿Confirmar? ¿Para qué? Naturalmente que estarán allí. Incluso habrán organizado una fiesta de recepción, es la costumbre de allá. La hospitalidad es sagrada: abandonando cualquier quehacer, los amigos correrán al puerto, con los brazos llenos de flores.

Selma da vueltas el telegrama entre los dedos. Según el sello del correo, ha tardado once días en llegar a Lucknow, y hace apenas dos semanas que escribió anunciando su viaje.

Hace una inspiración profunda y con un gesto preciso, rompe el sobre azul.

"Sultana fallecida esta mañana stop todos desesperados stop pensamos en vos stop fielmente Zeynel".

Mucho después, Zahra le contará a Selma que había oído gritos. Había acudido y la había visto lacerándoce la cara y golpeándose la frente contra el muro. Amir y una criada intentaban detenerla, pero ella los rechazaba a puntapiés. Zahra había creído que tenía un ataque de locura: el rostro de Selma estaba rojo de sangre y ya no escuchaba.

Entonces, ahogada, Zahra había visto a su hermano coger la Kodak que estaba sobre la mesa y ponerse a hacer fotos. En ese mismo instante, aquella mujer que se hubiera creído sorda y ciega a todo lo que no fuera su dolor, se había inmovilizado; y luego, como una leona, se había arrojado contra el hombre, aunque antes de poder alcanzarlo, Selma se había derrumbado, inconsciente.

Durante una semana, se temió por su razón. Los mejores hakims de la ciudad se habían sucedido a la cabecera de su cama. Con grandes cantidades de mixturas de opio y de hierbas sólo conocidas por ellos, la habían hecho dormir día tras día. "Un dolor demasiado grande no debe ser encarado de frente, si no el espíritu se rebela y huye." Explicaban que para calmar los dolores del alma hay que aniquilar momentáneamente toda conciencia, mantener el cuerpo en estado de latencia, e incluso debilitarlo para que, cuando despierte, el dolor no encuentre ninguna energía de la cual alimentarse.

"¿Cómo pudo? Jamás se lo perdonaré."

Lentamente, Selma emerge de la opresiva niebla en la que se debate desde hace días, y su primer movimiento es de indignación contra la actitud de aquel monstruo que ya no quiere llamar marido.

¿Cómo, en lugar de ayudarla, se ha atrevido a burlarse de ella? El sabe, sin embargo, cuánto adoraba a su madre.

Con la muerte de Annedjim, Selma tiene la impresión de que es su infancia, su juventud lo que muere, ve todo su pasado amenazado de desaparición; ya ahora no hay nadie para recordar con ella, recordar en ella: una misma carne, una sola memoria, ojos que eran sus ojos, una respiración que se apropiaba del mundo y se lo restituía a ella, domesticado, caluroso... Los sollozos la ahogan. No acepta aquel abandono. ¿Qué importa si desde hace dos años no veía a la sultana?: saber que existía la reconfortaba. "¿Qué pensaría de mí? ¿Qué haría en mi lugar?", se preguntaba; constantemente su madre estaba a su lado. Hasta estos últimos meses en los que había intentado olvidarla, pues no habría podido soportar su mirada. ¿O era su propia mirada la que no podía soportar? Ella no establecía diferencias, ya que si alguna vez se rebelaba, entre su madre y ella existía precisamente esa ósmosis, ese acuerdo sobre lo esencial.

Ella la ha matado... Sí, ella, Selma, la ha matado. Durante esos meses de locura en los que se esmeraba por destruirse, estaba destruyendo a la sultana. Y ahora, el lazo que la unía a su madre, el lazo vital, más fuerte que el espacio, pero frágil ante la indiferencia, se ha roto. Su madre ha muerto...

Mucho antes incluso la había matado a golpecitos, más bien la había herido, como un árbol al que, poco a poco, se le podan las ramas que dan demasiada sombra. Eso había comenzado hace mucho... Ya en Estambul, lo recuerda: el resentimiento que había experimentado el día en que, jugando al sultán, había golpeado a Ahmad, que hacía de general griego; indignada, la sultana se había negado a escuchar sus explicaciones y la había encerrado en su cuarto. Un castigo sin importancia comparado con la desesperación de la niña ante la injusticia de aquella madre tan perfecta.

Y en el Líbano... las cartas de su padre, que la sultana había escondido "por su bien"; y luego, la exigencia, muda pero inflexible, de que su hija se casara con un príncipe. Selma siempre había obedecido. Pero pese a esa obediencia —o debido a ella—, en el fondo de sí, todo se rebelaba.

¿Acaso Amir había comprendido esto antes que ella? ¿Fue ésa la razón de su sorprendente comportamiento?... Ante el dolor ¿habrá adivinado que había un alivio que ella ocultaba gritando aún más fuerte que su desesperación? Con la clarividencia que sólo puede dar una larga experiencia de la simulación, o de la ambigüedad de los sentimientos, ¿habrá captado, en el frenesí de Selma por herirse, la necesidad de castigarse por no sufrir lo suficiente?

—Apa...

La voz de Zahra tiembla ligeramente.

—Apa, Amir Bai querría veros... Ayer os negasteis y yo le dije que estábais demasiado cansada. Pero hoy..., Apa, no me creerá... Parece tan desdichado, no deja de repetir que es culpa suya si vos estáis enferma... Os lo ruego, Apa, ¡os ama tanto!

—¿Me ama?... Pues bien, si me ama esperará a que tenga ganas de verlo.

Pone la cabeza en el almohadón, cierra los ojos; no debe ablandarse, no debe ceder. Si tiene que vivir aquí —¿adónde podría ir ahora?— debe imponer sus propias reglas. Toda su vida ha intentado complacer, ella quería ser la niña que todo el mundo adora, la esposa de la que se está enamorado, la rani a quien se respeta. De hoy en adelante, se acabó. Con la sultana ha desaparecido el único ser en el mundo que pudo imponerle su ley.

Un suspiro que viene desde muy lejos llena su pecho: ¡libre! Por primera vez se siente totalmente libre.

Ha pasado una semana. Las náuseas que la mantienen en cama no han desaparecido. Hakim Sabib ha prescrito un régimen muy estricto pues teme ictericia: actualmente hay una epidemia en la ciudad.

—¡Una ictericia! ¡Qué tontería! ¡Nunca ha estado usted tan rosada!

Lucie ha venido a visitar a Selma, y cuando ésta le habla de sus malestares, pone cara de entendida.

—¿No será más bien... un feliz acontecimiento?

Selma da un brinco.

—¿Un...? ¡Evidentemente no, es imposible!

Ante la sorpresa de su amiga, se muerde los labios: no es cuestión de explicarle que desde hace meses, exactamente desde el día en que se emborrachó para celebrar la muerte de Kamal, Amir y ella no... Y sin embargo, sí... una vez. La noche de la manifestación de los príncipes, parecía tan triste, se habían encontrado... como dos niños perdidos, había pensado ella. ¿Puede ser que aquella noche... precisamente?

Ante la expresión perpleja de Selma, Lucie decide tomar la sartén por el mango.

—Le enviaré a mi doctora esta tarde, es una mujer notable. Y le ruego que no ponga esa cara de desesperada: esperar un bebé no es ninguna desgracia.

Estrecha a Selma entre sus brazos y sale lanzando una carcajada.

Apenas la doctora abandona la habitación, acuden a ella las mujeres. Como una colmena rumorosa, se apretujan alrededor de la cama de su rani. Desde hacía dos años, esperaban, espiaban la menor palidez, el menor signo de fatiga, casi habían perdido las esperanzas. "¡Qué desgracia!", se lamentaban, "¡una esposa tan hermosa y tan noble, incapaz de cumplir con su tarea!... ¿Qué otra cosa puede hacer el amor si no repudiarla?" Eran numerosas las candidatas seleccionadas para reemplazar a la princesa, todas jóvenes, sanas y de familias ilustres, todas indias, Rani Aziza no quería más extranjeras.

Pero ahora está allí, el heredero, el futuro amo, en fin... casi allí. Y de alegría, de agradecimiento, besan las manos de su princesa y pasan las cuentas de sus rosarios murmurando bendiciones y fórmulas rituales.

Sentada en la cama, Selma no las ve, no las oye, contempla al otro lado de la habitación la llama de una vela que se resiste a morir. Es el momento que ella prefiere, la valerosa lucha del fuego que no quiere desaparecer. Cuando era niña, retenía entonces el aliento y lo miraba intensamente para darle fuerzas; cuando finalmente moría, a veces lloraba.

La vela se ha apagado, Selma siente en sus mejillas una frescura húmeda. *Muerta... Annedjim ha muerto el día en que yo daba la vida, como si se desvaneciera para dejarme el lugar, o como si yo hubiera esperado que ella desapareciera para tomar el suyo.*

Ha contado y recontado. No hay duda: fue la noche misma de la muerte de su madre... El cuerpo tiene esas videncias... Mucho antes de que ella supiera, él supo... De repente le parece evidente que mientras su madre viviera, ella, Selma, sólo podía ser su hija. "La madre" era la sultana. Nunca se habría atrevido a ocupar su lugar.

¿No se da cuenta de que vuelve a delirar? ¿Cree que su cuerpo se negaba a engendrar hasta el día en que percibió, a miles de millas de distancia, el signo que le permitía finalmente florecer? Y sin embargo, la realidad...

Vacilante, tímida, su mano se posa sobre su vientre. La realidad, ahora está allí, y esta vez ella no puede, no quiere escapar a ella. Atenta, acecha un temblor bajo su palma, y le parece percibir un mundo que despierta. Cierra los ojos, feliz.

—¡Querida, es maravilloso!

Radiante, Amir se acerca a la cama. Parece trastornado. Selma lo mira, asombrada; lo había juzgado mal; nunca hubiera pensado que participara así de su felicidad.

—Sobre todo, tendréis que cuidaros mucho; quiero que mi hijo...

"¿Mi hijo...?" Selma no oye el final de la frase. Bruscamente se pone tensa. "¡Está loco! El no tiene nada que ver en esto, nadie tiene que ver, ¡es mi hijo!" Se pone a temblar de espanto: ¡no le quitarán a su bebé! No porque este hombre haya compartido su cama puede creerse con derechos. Lo mira ahora con hostilidad: a lo más ha sido un marido pasable, un mal amante, ¿pero padre? ¿El padre de su hijo? Instintivamente coloca los brazos alrededor del vientre, ciudadela que aísla, se atrinchera, protege el precioso tesoro que codicia el extranjero.

De repente deja de ser "la extranjera", ya no se siente "de más", ella está allí, bien anclada en aquella tierra de la que tiene la impresión, de pronto, de ser parte integrante, atada por mil raíces; ella es la arcilla oscura y blanda y la hierba que se curva bajo el viento; ella es el bosque majestuoso y el calor apacible de este final de la tarde.

Poco a poco recupera la calma, se asombra de haber tenido tanto miedo: esa vida en el fondo de su vientre ¿quién podría arrebatársela? Pueden hablar, ella no los oye. No entiende la importancia que les concedía antes, como si su existencia dependiera de lo que decidieran, como si no fuera más que una concha vacía.

Su mirada se posa sobre el hombre sentado a su lado. Le sonríe , indiferente.

—Sobre todo no comáis pescado, produce en los bebés una piel horrible. No debéis perfumaros, ni maquillaros, ni adornar vuestros cabellos con flores, pues eso excita los deseos de los djinns: podrían lanzarle un maleficio al niño.

Con tono sentencioso, Begum Nimet enumera las recomendaciones y las prohibiciones —lo que toda mujer encinta debe saber— y alrededor de ella asienten sacudiendo la cabeza. ¿Quién mejor que la abuela podría aconsejar a la rani? Los nietos de sus nietos sin incontables, todos son fuertes y hermosos, prueba de que sus madres se han ceñido escrupulosamente a sus recomendaciones.

A toda hora del día, en cualquier circunstancia, debe ser respetado un código sutil. Además basta con pensar un poco para comprender. Pero los jóvenes de hoy sólo confían en la medicina inglesa, se figuran que las viejas recetas están superadas: los abortos se multiplican, muchos niños nacen medio inválidos, como el niño de la Nishat, que tiene la mitad de la cara cubierta por una mancha violácea; sin embargo se le había dicho a la madre que a partir de la undécima semana no tenía que comer remolachas.

Doliente, Selma escucha y, para ser amable, hace algunas preguntas. La preocupación de aquellas mujeres la conmueve. Después de haberse difundido la noticia, se ha convertido en el punto de mira, en el centro de todas las conversaciones, de las esperanzas y de las inquietudes. El palacio vive al ritmo de sus deseos, todos se desviven por atenderla, incluso Rani Aziza que ha ordenado que cada plato, y no sólo los entremeses, sea recubierto de una película de oro, pues es bien conocido que el oro da vigor a la madre y fortifica los huesos del bebé.

Todas aquellas molestias que en tiempo normal la hubieran exasperado, hoy la tranquilizan. Sin ellas, no estaría segura de estar embarazada. Por más que cada noche delante del espejo se contemple el vientre, los senos, no siente nada. Incluso las náuseas se han espaciado. ¿No se habrá equivocado la doctora? Selma se inquieta y el menor malestar se convierte en objeto de arrobamiento.

Ahora pasa la mayor parte del día tendida en la cama mecedora de su salón convertido en tocador. Desde allí sólo ve la punta de los árboles y trozos de cielo a través del follaje. No tiene ganas de salir, aún menos de hacer visitas. Sueña.

Si es un niño, se llamará Sulaymán, como su antepasado, el sultán magnífico. Lo educará de manera que se convierta en un gran soberano. Hará reformas audaces, y el pueblo, que comprenderá que es por su bien, lo seguirá. Poco a poco, liberará a las mujeres, pues ella lo habrá hecho sensible a su desamparo. Todo lo que Amir —dudando entre sus reflejos feudales y sus convicciones liberales—, todo lo que ella, la extranjera, no pudieron hacer, lo hará su hijo. Ella estará a su lado para aconsejarlo. Entre los dos cambiarán Badalpur, edificarán un Estado moderno, que los demás estados envidiarán e intentarán imitar. Serán pioneros, demostrarán que sin perder el alma, sin forzosamente britanizarse, la India es capaz de convertirse en un gran país.

—¿Y si fuera una niña?

El pensamiento de Selma vacila... Una niña... La asaltan imágenes de reclusión, de negros burkahs, de matrimonios de niños. Una niña... violada, vendida... Tiembla.

Los días siguientes, la idea vuelve a atormentarla. ¿Cómo no lo había pensado antes? Todo el mundo en el palacio está tan seguro de que sólo puede ser un varón que ella misma se ha convencido. Pero si es una niña, ¿qué hará Amir?

Para hacerle la pregunta escoge una noche en la que parece particularmente de buen humor. Como si lo insultara pega un respingo, pero de inmediato se sobrepone.

—¿Una niña? Pues bien, le encontraría el marido más rico, más noble de toda la India.

—¿Y si no quiere casarse?

El la mira atónito, y luego se echa a reír.

—¡Vaya idea! ¿Se ha visto alguna vez a una muchacha que no tenga ganas de casarse? El matrimonio es la meta de toda mujer, la condición de su dicha, ella está hecha para





Kenizé cuando era chiquita. Ya pensaba en volver. Según ella no se podría pasar del periodismo a la literatura sin correr el riesgo de volverse loco.

a India

estricto pues teme ictericia: actualmente hay una epidemia en la ciudad.

—¡Una ictericia! ¡Qué tontería! ¡Nunca ha estado usted tan rosada!

Lucie ha venido a visitar a Selma, y cuando ésta le habla de sus malestares, pone cara de entendida.

—¿No será más bien... un feliz acontecimiento?

Selma da un brinco.

—¿Un...? ¡Evidentemente no, es imposible!

Ante la sorpresa de su amiga, se muerde los labios: no es cuestión de explicarle que desde hace meses, exactamente desde el día en que se emborrachó para celebrar la muerte de Kamal, Amir y ella no... Y sin embargo, sí... una vez. La noche de la manifestación de los príncipes, parecía tan triste, se habían encontrado... como dos niños perdidos, había pensado ella. ¿Puede ser que aquella noche... precisamente?

Ante la expresión perpleja de Selma, Lucie decide tomar la sartén por el mango.

—Le enviaré a mi doctora esta tarde, es una mujer notable. Y le ruego que no ponga esa cara de desesperada: esperar un bebé no es ninguna desgracia.

Estrecha a Selma entre sus brazos y sale lanzando una carcajada.

Apenas la doctora abandona la habitación, acuden a ella las mujeres. Como una colmena rumorosa, se apretujan alrededor de la cama de su rani. Desde hacía dos años, esperaban, espiaban la menor palidez, el menor signo de fatiga, casi habían perdido las esperanzas. "¡Qué desgracia!", se lamentaban, "¡una esposa tan hermosa y tan noble, incapaz de cumplir con su tarea!... ¿Qué otra cosa puede hacer el amor si no repudiarla?" Eran numerosas las candidatas seleccionadas para reemplazar a la princesa, todas jóvenes, sanas y de familias ilustres, todas indias, Rani Aziza no quería más extranjeras.

Pero ahora está allí, el heredero, el futuro amo, en fin... casi allí. Y de alegría, de agradecimiento, besan las manos de su princesa y pasan las cuentas de sus rosarios murmurando bendiciones y fórmulas rituales.

Sentada en la cama, Selma no las ve, no las oye, contempla al otro lado de la habitación la llama de una vela que se resiste a morir. Es el momento que ella prefiere, la valerosa lucha del fuego que no quiere desaparecer. Cuando era niña, retenía entonces el aliento y lo miraba intensamente para darle fuerzas; cuando finalmente moría, a veces lloraba.

La vela se ha apagado, Selma siente en sus mejillas una frescura húmeda. *Muerta... Annedjim ha muerto el día en que yo daba la vida, como si se desvaneciera para dejarme el lugar, o como si yo hubiera esperado que ella desapareciera para tomar el suyo.*

Ha contado y recontado. No hay duda: fue la noche misma de la muerte de su madre... El cuerpo tiene esas videncias... Mucho antes de que ella supiera, él supo... De repente le parece evidente que mientras su madre viviera, ella, Selma, sólo podía ser su hija. "La madre" era la sultana. Nunca se habría atrevido a ocupar su lugar.

¿No se da cuenta de que vuelve a delirar? ¿Cree que su cuerpo se negaba a engendrar hasta el día en que percibió, a miles de millas de distancia, el signo que le permitía finalmente florecer? Y sin embargo, la realidad...

Vacilante, tímida, su mano se posa sobre su vientre. La realidad, ahora está allí, y esta vez ella no puede, no quiere escapar a ella. Atenta, acecha un temblor bajo su palma, y le parece percibir un mundo que despierta. Cierra los ojos, feliz.

—¡Querida, es maravilloso!

Radiante, Amir se acerca a la cama. Parece trastornado. Selma lo mira, asombrada; lo había juzgado mal; nunca hubiera pensado que participara así de su felicidad.

—Sobre todo, tendréis que cuidaros mucho; quiero que mi hijo...

"¿Mi hijo...?" Selma no oye el final de la frase. Bruscamente se pone tensa. "¡Está loco! El no tiene nada que ver en esto, nadie tiene que ver, ¡es mi hijo!" Se pone a temblar de espanto: ¡no le quitarán a su bebé! No porque este hombre haya compartido su cama puede creerse con derechos. Lo mira ahora con hostilidad: a lo más ha sido un marido pasable, un mal amante, ¿pero padre? ¿Él padre de su hijo? Instintivamente coloca los brazos alrededor del vientre, ciudadela que aísla, se atrinchera, protege el precioso tesoro que codicia el extranjero.

De repente deja de ser "la extranjera", ya no se siente "de más", ella está allí, bien anclada en aquella tierra de la que tiene la impresión, de pronto, de ser parte integrante, atada por mil raíces; ella es la arcilla oscura y blanda y la hierba que se curva bajo el viento; ella es el bosque majestuoso y el calor apacible de este final de la tarde.

Poco a poco recupera la calma, se asombra de haber tenido tanto miedo: esa vida en el fondo de su vientre ¿quién podría arrebatársela? Pueden hablar, ella no los oye. No entiende la importancia que les concedía antes, como si su existencia dependiera de lo que decidieran, como si no fuera más que una concha vacía.

Su mirada se posa sobre el hombre sentado a su lado. Le sonríe , indiferente.

—Sobre todo no comáis pescado, produce en los bebés una piel horrible. No debéis perfumaros, ni maquillaros, ni adornar vuestros cabellos con flores, pues eso excita los deseos de los djinns: podrían lanzarle un maleficio al niño.

Con tono sentencioso, Begum Nimet enumera las recomendaciones y las prohibiciones —lo que toda mujer encinta debe saber— y alrededor de ella asienten sacudiendo la cabeza. ¿Quién mejor que la abuela podría aconsejar a la rani? Los nietos de sus nietos sin incontables, todos son fuertes y hermosos, prueba de que sus madres se han ceñido escrupulosamente a sus recomendaciones.

A toda hora del día, en cualquier circunstancia, debe ser respetado un código sutil. Además basta con pensar un poco para comprender. Pero los jóvenes de hoy sólo confían en la medicina inglesa, se figuran que las viejas recetas están superadas: los abortos se multiplican, muchos niños nacen medio inválidos, como el niño de la Nishat, que tiene la mitad de la cara cubierta por una mancha violácea; sin embargo se le había dicho a la madre que a partir de la undécima semana no tenía que comer remolachas.

Doliente, Selma escucha y, para ser amable, hace algunas preguntas. La preocupación de aquellas mujeres la conmueve. Después de haberse difundido la noticia, se ha convertido en el punto de mira, en el centro de todas las conversaciones, de las esperanzas y de las inquietudes. El palacio vive al ritmo de sus deseos, todos se desviven por atenderla, incluso Rani Aziza que ha ordenado que cada plato, y no sólo los entremeses, sea recubierto de una película de oro, pues es bien conocido que el oro da vigor a la madre y fortifica los huesos del bebé.

Todas aquellas molestias que en tiempo normal la hubieran exasperado, hoy la tranquilizan. Sin ellas, no estaría segura de estar embarazada. Por más que cada noche delante del espejo se contemple el vientre, los senos, no siente nada. Incluso las náuseas se han espaciado. ¿No se habrá equivocado la doctora? Selma se inquieta y el menor malestar se convierte en objeto de arrobamiento.

Ahora pasa la mayor parte del día tendida en la cama mecedora de su salón convertido en tocador. Desde allí sólo ve la punta de los árboles y trozos de cielo a través del follaje. No tiene ganas de salir, aún menos de hacer visitas. Sueña.

Si es un niño, se llamará Sulaymán, como su antepasado, el sultán magnífico. Lo educará de manera que se convierta en un gran soberano. Hará reformas audaces, y el pueblo, que comprenderá que es por su bien, lo seguirá. Poco a poco, liberará a las mujeres, pues ella lo habrá hecho sensible a su desamparo. Todo lo que Amir —dudando entre sus reflejos feudales y sus convicciones liberales—, todo lo que ella, la extranjera, no pudieron hacer, lo hará su hijo. Ella estará a su lado para aconsejarlo. Entre los dos cambiarán Badalpur, edificarán un Estado moderno, que los demás estados envidiarán e intentarán imitar. Serán pioneros, demostrarán que sin perder el alma, sin forzosamente britanizarse, la India es capaz de convertirse en un gran país.

—¿Y si fuera una niña?

El pensamiento de Selma vacila... Una niña... La asaltan imágenes de reclusión, de negros burkahs, de matrimonios de niños. Una niña... violada, vendida... Tiembla.

Los días siguientes, la idea vuelve a atormentarla. ¿Cómo no lo había pensado antes? Todo el mundo en el palacio está tan seguro de que sólo puede ser un varón que ella misma se ha convencido. Pero si es una niña, ¿qué hará Amir?

Para hacerle la pregunta escoge una noche en la que parece particularmente de buen humor. Como si lo insultara pega un respingo, pero de inmediato se sobrepone.

—¿Una niña? Pues bien, le encontraría el marido más rico, más noble de toda la India.

—¿Y si no quiere casarse?

Él la mira atónito, y luego se echa a reír.

—¡Vaya idea! ¿Se ha visto alguna vez a una muchacha que no tenga ganas de casarse? El matrimonio es la meta de toda mujer, la condición de su dicha, ella está hecha para



La princesa estaba en la India



tener hijos. Vos misma, querida, sois la prueba viviente: desde que estáis encinta, resplandecéis.

Selma se abstiene de replicar. No es el momento de irritar a Amir. Necesita saber.

—Si es una niña —insiste— ¿deberá llevar velo y permanecer encerrada?

Amir sacude la cabeza, con cara apenada.

—Selma, ¿por qué me hacéis estas preguntas? Bien sabéis que es preciso. Si no, mi reputación y la suya se verían arruinadas. Nadie aceptaría recibirla, nuestra sociedad no bromea con la virtud de las mujeres. Pero tranquilizaos, no sufrirá, porque nunca habrá conocido, jamás tendrá la posibilidad de conocer otra cosa.

"Tranquilizaos"... La observación destinada a calmar a Selma la aterroriza: ¡su hija no será ni siquiera capaz de imaginar la libertad! Es imposible. No echará al mundo a una prisionera. Su hija no será una de esas tontas cuyo universo está restringido al bienestar de su familia. Ella será una mujer de acción, ayudará a sus congéneres a liberarse de las trabas que desde hace siglos intentan ahogar su inteligencia y su voluntad. Su hija luchará... No la podrán tratar de extranjera... ¡al menos tendrá el derecho de luchar!

¿Pero sentirá deseos de hacerlo? La rebelión que vive en Selma ¿será capaz de transmitírsela a su hija? ¿Se puede hacer comprender la injusticia a quien nunca conoció la justicia?

La inercia de la India la aterra. Suavemente, día tras día, embota los entusiasmos, las cóleras y, lentamente, sin drama, aniquila las voluntades porque aniquila el deseo.

"¿De dónde va a sacar fuerzas mi hija?", se pregunta. "Yo misma, que conocí la libertad, tengo a veces la impresión..." Selma titubea ante esa palabra que detesta y, sin embargo... es verdad, desde hace algún tiempo comienza a... ¡adaptarse! La joven impaciente, intransigente, ha llegado a apreciar la dulzura que la rodea; se siente protegida. Insensiblemente se ha deslizado en el bienestar tratando de adormecerse con la ilusión de ser siempre la misma...

Fue una reciente observación de una dama de compañía la que le dio la voz de alarma. Pensando que le gustaría, le dijo en voz alta a una amiga:

—Estamos tan contentas. Nuestra rani ha cambiado tanto. Ahora es una verdadera mujer india.

Se le apareció la imagen de la madre de Rani Sahina; visión de fracaso, de infortunio, la de esa mujer valiente y apasionada que, por permanecer junto a sus hijos había elegido renunciar. Pero jamás había aceptado aquella traición a sí misma y finalmente había huido... hacia la locura.

"¡Partid! ¡Huid, aún es tiempo!" La voz ronca resuena en los oídos de Selma. Entonces no había tomado en serio la advertencia, creyéndose capaz de resistir cualquier presión.

Resistir a la fuerza, sí, ¿pero cómo resistir a la dulzura? De repente, Selma tiene miedo, sabe que no hay nada más peligroso que esta agradable tibieza, esta beatitud satisfecha, que la gente llama felicidad. Por cansancio, por cobardía, o tal vez por falta de esperanza está abandonándose. Por el niño, sin duda, pero también —¿sobre todo?— por ella misma. Debe huir, no porque sea desgraciada sino porque no quiere saber nada de aquella felicidad.



HABLANDO DE MAMA Y PAPA

A los quince años supo que su madre, a la que los religiosos que la educaron le hacían rezarle como si fuera la Santísima Virgen, había fabricado la peor de las mentiras. La había declarado muerta al nacer. "Mi madre era una mujer artificial", le dijo Kenizé Mourad una y otra vez a una amiga que la había conocido. "¿Qué es lo que entiendes por *artificial?*" preguntó finalmente la mujer. "Mi madre era un fuego de artificio", alcanzó a responder antes de estallar en sollozos. "Quise conocerla y recorrer todo su trayecto para comprender cómo había podido llegar tan lejos: declararme muerta en el momento de mi nacimiento, es decir, matarme simbólicamente."

"Siempre he comprendido mejor las cosas escribiéndolas —confiesa la hija de la princesa Selma— cuando ya no sabía ni dónde estaba, escribía lo que pensaba. Es lo que me ha permitido no caer en el desequilibrio o reconquistar un cierto equilibrio." Al enterarse de que la decisión de su madre de denunciarla muerta sólo buscaba preservarla y asumir los riesgos en su lugar, quiso "hacer ver las cosas por sus ojos". Acostumbrada a la urgencia del periodismo —durante doce años trabajó como redactora especializada en Medio Oriente y el subcontinente de la India en *Le Nouvel Observateur* —encaró el paciente trabajo de una historiadora y durante cuatro años consultó los diarios de la época, revisó infinidad de documentos, entrevistó a centenares de personas para reconstruir la historia de la princesa Selma, nacida en la corte de Estambul y muerta a los veintinueve años en París. "Me ha sido difícil escribir sobre un tema que había comenzado cincuenta años atrás: periodista de profesión, estoy dedicada sobre todo al presente", acepta Kenizé Mourad y se niega a calificar su libro como una novela: "Digamos que es una historia verdadera —explica—. Yo imaginé los diálogos, las escenas, los personajes, pero partiendo de la realidad de la época".

Durante mucho tiempo odió a los niños. Más tarde comprendió que "estaba terriblemente celosa porque ellos tenían un papá y una mamá". Ella reencontró a su padre a los veintiún años. El, un hombre de setenta y siete, ya no tenía las riquezas de otras épocas, casi para no desentonar con las ruinas de los palacios de la India. "Era muy amigo de Nehru —dice al evocar a su padre—. Me presentó a Indira Gandhi, a quien detesté a primera vista. El esperaba jugar un papel político pero a Nehru no le gustaba la gente que tenía mucho carácter. Es un intelectual. Jamás ha tenido un trabajo."

En *De parte de la princesa muerta* no figura el nombre verdadero del padre de la autora. "Es un hombre muy tradicional, y me advirtió: 'En París usted hace lo que quiere. Aquí, en la India, hace lo que yo quiero'." En aquel momento Kenizé Mourad interpretó las razones de la mentira de su madre que la obsesionara durante años: "Cuando dijo que yo había muerto sólo quería evitarme su propia suerte. Si mi padre se enteraba de mi existencia, exigiría nuestro retorno".

Años más tarde Kenizé volvió a la India por decisión propia. Tenía entonces veinte años. "Sólo logré sentirme una extranjera —recuerda—. Yo quería actuar, ayudar a la gente, aportar nuevas ideas. Resultado: fui rechazada." Como no podía actuar, se puso a escribir. "En la parte del libro basada en la India cuento, sobre todo, mi experiencia personal."

En los capítulos referentes a Turquía, se respetan los nombres verdaderos. Selma, una princesa de la familia otomana que tocaba siete instrumentos musicales, hablaba nueve idiomas y provocaba escándalo con su belleza, ocupa el lugar del narrador. Con ese enfoque, la autora admite que no puede evitar "una cierta tristeza por la caída del Imperio Otomano", aunque esté "a favor de la finalización de todos los imperios y de la libertad de todas las naciones". "Es cierto que Mustafá Kemal ha salvado el país —admite—, pero ha debido hacerlo muy rápido. Le ha cortado a la gente sus raíces. Los turcos hoy no tienen ningún anclaje: nada saben de su pasado que, sin embargo, fue prestigioso. Hasta hace poco tiempo, los manuales de historia, en Turquía, no dedicaban más que unas cincuenta páginas a los seis siglos del Imperio Otomano, mientras centenares de páginas desplegaban las peripecias de la revolución kemalista."

Cuando le entregó la obra al editor, Kenizé Mourad tuvo miedo. "Temí que fuera rechazado por mis amigos que son todos, o casi todos, periodistas políticos. Iban a burlarse de mí con esta historia de una princesa. Envié el primer ejemplar a la revista *Marie Claire* —comenta— y a los dos días me respondieron, evidentemente sin haberlo leído, 'no queremos ser muy almibarados'. Estoy segura de que el comentario se fundamentaba en el título. Me quedé estupefacta. Soy exactamente lo contrario de lo almibarado. Hay una veta feminista en el libro, en el buen sentido de la palabra. Con mi dedicatoria a Bernard Pivot, temí la misma reacción que en *Marie Claire*, aclaré: 'No, no es la historia de una princesa'. Pero, en todo el libro, Selma se ahoga bajo sus velos."

Mientras trabajaba en su novela se enfrentó a la fantasía de la locura. "Temía partirme, pasar del otro lado —recuerda—. Finalmente me dije que uno no puede escribir verdaderamente si no acepta, quizás, la posibilidad de enloquecer." "Escribo —aclara— para decir todo aquello que no conozco y que, sin embargo, me asfixia. Después de dedicar cuatro años de mi existencia para darle una nueva vida a mi madre, me siento mucho más serena."

Después de publicar su primera novela, Kenizé Mourad quiere "volver a trabajar en periodismo y escribir otras novelas que se desarrollen en la actualidad. Hablar de la revolución iraní bajo la forma de una historia de amor durante el sitio de Beirut, para ayudar a comprender esa realidad". "Yo no tengo cargas de familia —comenta—, asumo los riesgos por mí misma. Lamentablemente no tengo hijos. Es la consecuencia de mi historia: nunca me puede decidir sobre este punto. Quizás ahora, después de este libro, pueda establecerme. Pero he esperado demasiado. Ya es muy tarde. Sucede que cada uno tiene su tiempo de maduración. No se lo puede forzar."